

La ceguera

Despertar, como sucede siempre, era el duro golpe de volver a la oscuridad

MANUEL VICENT

Después de 20 años de oficio este funcionario de prisiones sabía distinguir con solo mirarle a la cara el delito que había cometido el preso apenas cruzaba la puerta de la cárcel. Cada crimen tiene su rostro, decía. Pero esta facultad la fue perdiendo como consecuencia de un desprendimiento de retina. Por desgracia llegó el día en que el funcionario se quedó completamente ciego y los sucesivos rostros de asesinos, violadores y rateros, con los que se había batido 20 años sin ninguna clase de misericordia, formaron una confusa y amarillenta amalgama de la maldad, que acabó por fundirse en la oscuridad absoluta. Le costó resignarse al inmenso quebranto de pasar el resto de su vida ayudado por el bastón en la calle, de verse obligado a tentar paredes y muebles para moverse por casa. Pero después de un tiempo, cuando ya se había acostumbrado a la irremediable ceguera, una noche sintió que, de repente, la oscuridad se iluminaba y sus ojos recobraban la visión. Era un milagro. El funcionario comenzó a ver de nuevo con toda nitidez los rostros de aquellos delincuentes, asesinos y ladrones que poblaban el patio y las galerías de la cárcel. No daba crédito a tanta dicha, pero el milagro consistía en que estaba soñando y las imágenes que tenía guardadas en su cerebro ahora se habían despertado mientras dormía. A partir de ese feliz acontecimiento el funcionario de prisiones aceptó la nueva realidad: era un ciego de día y un vidente de noche. El sueño más recurrente discurría en el patio de la cárcel donde a veces se celebraban alegres fiestas en las que su mujer y sus hijos, junto con amigos de la niñez ya olvidados, participaban en compañía de aquellos asesinos y ladrones, que ahora le parecían todos inocentes por el simple hecho de que los soñaba. Despertar, como sucede siempre, era el duro golpe de volver a la oscuridad.